

Roald Dahl

LA VENGANZA
ES MÍA, S.A.



En esta obra de Roald Dahl se recogen algunos de sus mejores relatos cortos. Reconocido especialista de este género literario, Dahl conjuga una increíble sensibilidad narrativa con una portentosa imaginación, un sentido del humor típicamente británico y una ternura que llega a emocionarnos con las historias aparentemente más simples. El material del que se surte Dahl tiene muy distinta procedencia, pero en sus manos cada relato cobra vida con tal brillantez que personajes y situaciones apenas esbozados permanecen en nuestro recuerdo con igual o mayor fuerza que los de las grandes obras clásicas. Relatos como *La venganza es mía, S. A.*, *El señor Botibol* o *El campeón del mundo* resultan imposibles de olvidar para cualquiera que los haya leído.

Los ocho relatos recogidos son: *La Venganza es Mía, S. A.* (*Vengeance is Mine Inc.*, 1980), *El mayordomo* (*The Butler*, 1980), *El señor Botibol* (*Mr. Botibol*, 1980), *El desratizador* (*The Ratcatcher*, 1953), *Rummins* (1953), *El señor Hoddy* (*Mr. Hoddy*, 1953) *El señor Feasey* [*Dog Race (Mr. Feasey)*, 1953], *El campeón del mundo* (*The Champion of the World*, 1959).

La venganza es mía, S. A.

Cuando me desperté, estaba nevando. Supe que estaba nevando porque había una especie de resplandor en la habitación y afuera todo estaba en silencio. De la calle no llegaban ruidos de pisadas ni de neumáticos; sólo de los motores de los coches. Alcé los ojos y vi a George, con su bata verde, inclinado sobre la cocina de petróleo, preparando el café.

—Está nevando —dije.

—Hace frío —replicó George—. Hace frío de verdad.

Salí de la cama y cogí el periódico de la mañana, que estaba afuera, junto a la puerta. Sí que hacía frío, así que volví corriendo, me metí en la cama de un brinco y me quedé quieto un rato bajo las sábanas, con las manos apretadas entre las piernas para calentármelas.

—¿No hay cartas? —preguntó George.

—No. Ni una.

—No parece que el viejo tenga intención de soltar dinero.

—A lo mejor piensa que cuatrocientos cincuenta billetes son suficientes para un mes —dije.

—No ha estado nunca en Nueva York y no sabe lo que cuesta vivir aquí.

—No deberías habértelo gastado en una semana. George se puso de pie y me miró.

—Querrás decir que no *deberíamos* haberlo gastado.

—Eso —dije—. No deberíamos.

Me puse a leer el periódico.

El café estaba listo, y George trajo la cafetera y la dejó en la mesilla que separaba nuestras camas.

—No se puede vivir sin dinero —dijo—. El viejo debería saberlo.

Se volvió a la cama sin quitarse la bata verde. Yo seguí leyendo. Acabé la página de las carreras de caballos y la del fútbol, y después me metí con Lionel Pantaloon, el famoso cronista político y de sociedad. Siempre leo a Pantaloon, al igual que otros veinte o treinta millones de personas en todo el país. Es como una costumbre; incluso más que una costumbre. Forma parte de mis mañanas, como las tres tazas de café o el afeitado.

—Este tipo es un caradura impresionante —dije.

—¿Quién?

—El Lionel Pantaloon ése.

—¿Qué dice?

—Lo de siempre. Los escándalos de costumbre. Siempre habla de los ricos. Escucha esto: «... se le ha visto en el Penguin Club... al banquero William S. Womberg con la bella estrella Theresa Williams... tres noches seguidas... La señora Womberg estaba en casa, con dolor de cabeza... cosa que haría cualquier esposa si su marido anduviera acompañando a la señorita Williams...».

—Eso es poner a Womberg en un compromiso —dijo George.

—Yo pienso que es una vergüenza —repliqué—. Esas cosas pueden provocar un divorcio. ¿Cómo es posible que nadie le haga nada, diciendo lo que dice?

—Porque todos le tienen miedo. Pero si yo fuera William S. Womberg —dijo George—, ¿sabes qué haría? Le pegaría un puñetazo en la nariz al Pantaloon ése. Es la única forma de tratar a ese tipo de gentuza.

—El señor Womberg no puede hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque es viejo —contesté—. El señor Womberg es un anciano digno y respetable. Es un eminente banquero de la ciudad. No podría...

Y entonces se me ocurrió la idea, así, de repente, mientras hablaba con George. Me callé bruscamente y sentí como si se me inundase el cerebro. Me quedé muy quieto, dejé que fluyera por mi cabeza, y casi antes de saber qué había ocurrido ya lo tenía todo pensado, un plan completo, un plan brillante y magnífico. Y justo en ese momento comprendí que era fantástico. Me di la vuelta y vi a George mirándome fijamente con expresión de asombro.

—¿Qué ocurre? —me preguntó—. ¿Qué te pasa? Mantuve la calma. Me serví más café antes de decidirme a hablar.

—George —dije, tranquilo—, tengo una idea. Escucha con mucha atención, porque se me ha ocurrido una idea que nos hará ricos. Estamos sin una perra, ¿no?

—Sí.

—¿Crees que el tal William S. Womberg estará enfadado con Lionel Pantaloon esta mañana?

—¡Enfadado! —exclamó George—. ¡Estará furioso!

—Eso es. ¿Y crees que le gustaría que a Lionel Pantaloon le pegaran un buen puñetazo en la nariz?

—¡Vaya si le gustaría!

—Y dime, ¿no cabe la posibilidad de que el señor Womberg esté dispuesto a pagar cierta cantidad de dinero a alguien que realice por él ese combate de boxeo, eficazmente y con discreción?

George se volvió y me miró con dulzura, con cautela, y después dejó la taza de café en la mesa: En su boca empezó a dibujarse lentamente una sonrisa.

—Ya entiendo —dijo—. Veo por dónde vas.

—Pero esto es sólo una parte. Si lees la columna de Pantaloon verás que hay otra persona a la que ha ofendido.

Cogí el periódico. Una tal señora Ella Gimple, una dama de la alta sociedad que podría tener un millón de dólares

en el banco.

—¿Qué dice Pantaloon de ella?

Volví a mirar el periódico.

—Insinúa —contesté— que les saca un montón de dinero a sus amigos en las partidas de ruleta en que ella lleva la banca.

—Eso pone en un compromiso a la Gimple —dijo George—. Y a Womberg. Gimple y Womberg. Estaba sentado en la cama, muy erguido, esperando a que yo continuara.

—De modo que tenemos dos personas que odian a muerte a Pantaloon esta mañana —dije—, y las dos desean ardientemente pegarle un puñetazo en la nariz, pero no se atreven. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—Pues pobre Lionel Pantaloon. Pero no olvides que hay otros como él. Hay docenas de periodistas que se pasan la vida insultando a la gente rica e importante. Tenemos a Harry Weyman, a Claude Taylor, a Jacob Swinski, Walter Kennedy y muchos otros.

—Es verdad —dijo George—. Absolutamente cierto.

—Lo que quiero decir es que no hay nada que ponga tan furiosos a los ricos como que se burlen de ellos y les insulten en los periódicos.

—Continúa —dijo George—. Continúa.

—Muy bien. El plan es el siguiente. —Yo también empezaba a entusiasmarme. Estaba apoyado en el borde de la cama, con una mano en la mesilla y agitando la otra en el aire mientras hablaba—. Crearemos inmediatamente una organización, y la llamaremos... ¿Cómo podríamos llamarla? Vamos a ver... Sí, la llamaremos «La venganza es mía, S. A.». ¿Qué te parece?

—Es un nombre muy raro.

—Es de la Biblia. A mí me gusta. «La venganza es mía, S. A.». Suena bien. Haremos tarjetas que enviaremos a nuestros clientes para recordarles que les han insultado y ofendido públicamente, y para ofrecernos a castigar al

ofensor a cambio de cierta cantidad de dinero. Compraremos todos los periódicos y leeremos los artículos, y mandaremos doce tarjetas o más todos los días a los posibles clientes.

—¡Es maravilloso! —gritó George—. ¡Es fantástico!

—Nos haremos ricos en un santiamén.

—¡Tenemos que empezar inmediatamente!

Salté de la cama, cogí un cuaderno y un lápiz, y volví corriendo a meterme entre las sábanas.

—Venga —dije, subiendo las rodillas bajo la ropa de la cama y apoyando encima el cuaderno—; lo primero es decidir qué vamos a poner en las tarjetas que enviaremos a los clientes —y en la parte superior de la hoja escribí: «LA VENGANZA ES MÍA, S. A.», a modo de encabezamiento.

A continuación, y con mucho cuidado, redacté una carta en la que explicaba las funciones de la organización. Terminaba con la siguiente frase:

Por tanto, LA VENGANZA ES MÍA, S. A., se compromete a infligir en su nombre, con absoluta discreción, el castigo adecuado al periodista [...], y a este fin somete respetuosamente a su consideración diversos métodos (y precios).

—¿Qué quiere decir eso de «diversos métodos»? —preguntó George.

—Tenemos que darles a elegir. Debemos pensar varias cosas..., castigos diferentes. El número uno será... —y escribí: «1. Un fuerte puñetazo en la nariz»—. ¿Cuánto podemos cobrar por esto?

—Quinientos dólares —respondió George.

Lo anoté.

—¿Qué más?

—Poner un ojo morado —dijo George.

Escribí: «2. Poner un ojo morado... 500 dólares.»

—¡No! —exclamó George—. No estoy de acuerdo con ese precio. Es evidente que para ponerle a alguien un ojo morado como es debido hace falta más concentración que para pegar un puñetazo en la nariz.

Es un trabajo de expertos. Seiscientos dólares.

—Vale —dije—. Seiscientos. ¿Qué más?

—Las dos cosas juntas, naturalmente. O sea, el uno y el dos.

Aqué! era el terreno de George. Se sentía a sus anchas.

—¿Las dos cosas?

—Desde luego. Puñetazo en la nariz y ojo morado. Mil cien dólares.

—Deberíamos hacer una rebaja —dije—. Mil dólares.

—Es baratísimo —objetó George—. Todos elegirán ése.

—¿Qué más?

Los dos quedamos en silencio, concentrándonos con todas nuestras fuerzas. Tres profundos surcos de piel arrugada aparecieron en la frente baja y huidiza de George. Se puso a rascarse la cabeza, lenta pero vigorosamente. Desvié la mirada e intenté pensar en las cosas espantosas que la gente se hacen unos a otros. Al cabo de un rato se me ocurrió algo, y mientras George observaba la mina del lápiz que se deslizaba por el papel, escribí: «4. Colocar una serpiente de cascabel (tras haberle extraído el veneno) en el suelo del coche, junto a los pedales, cuando aparque.»

—¡Cielo santo! —murmuró George—. ¿Es que quieres matarlos del susto?

—Claro —respondí.

—¿Y de dónde vamos a sacar una serpiente de cascabel?

—Comprándola. Pueden comprarse. ¿Cuánto cobramos por esto?

—Mil quinientos dólares —respondió George sin vacilar. Lo anoté.

—Nos hace falta uno más.

—Ya lo tengo —dijo George—. Secuestrarlo con un coche, quitarle la ropa, excepto los calzoncillos, los zapatos y los calcetines, y soltarlo en la Quinta Avenida en una hora punta.

Sonrió con una sonrisa amplia, triunfal.

—No podemos hacer eso.

—Escríbelo. Y cobraremos dos mil quinientos billetes. Lo harías si el viejo Womberg te ofreciese esa cantidad.

—Sí —dije—, supongo que sí —y lo escribí—. Ya hay suficientes —añadí—. Tienen para elegir.

—¿Y dónde vamos a imprimir las tarjetas? —preguntó George.

—George Karnoffsky —respondí—. Otro George. Es amigo mío. Tiene una pequeña imprenta en la Tercera Avenida. Hace invitaciones de boda y cosas así para las tiendas grandes. Lo hará, estoy seguro.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Los dos saltamos de la cama y empezamos a vestirnos.

—Son las doce —dije— o Si nos damos prisa, le pillaremos antes de que se vaya a comer.

Aún nevaba cuando salimos a la calle, y la capa de nieve de la acera tenía un grosor de diez o doce centímetros; pero recorrimos las catorce manzanas que nos separaban de la tienda de Karnoffsky a una velocidad increíble y llegamos justo en el momento en que se estaba poniendo el abrigo para salir.

—¡Claude! —exclamó—. ¡Hola, chaval! ¿Cómo te va? — Y me dio un apretón de manos.

Tenía una cara gruesa, afable, y una nariz enorme con anchas aletas que se extendían al menos dos centímetros sobre cada mejilla. Lo saludé y le dije que habíamos ido a hablar de un asunto muy urgente. Se quitó el abrigo y nos llevó a su despacho; a continuación le hablé de nuestros planes y le dije lo que queríamos que hiciera.

Cuando le había contado aproximadamente la cuarta parte de la historia estalló en carcajadas y me resultó impo-

sible continuar, de modo que abrevié y le di un papel con lo que había escrito para que lo imprimiese. Al leerlo, su cuerpo empezó a convulsionarse de la risa; se puso a dar palmadas en la mesa, tosiendo, atragantándose y desternillándose de la risa como un loco. Nosotros lo mirábamos. No nos parecía que tuviera ninguna gracia.

—Finalmente, se calmó, sacó un pañuelo y se secó los ojos con gran aparatosidad.

—Es una broma muy buena; sí, señor. Se merece una comida. Vamos, os invito a comer.

—Oye —dije con seriedad—, no es una broma. No hay motivo para reírse. Eres testigo del nacimiento de una nueva organización muy poderosa...

—Venga —dijo, y se echó a reír otra vez—. Vamos a comer.

—¿Cuándo puedes imprimir las tarjetas? —pregunté.

Mi voz era severa, grave.

Se detuvo y se quedó mirándonos.

—¿Quieres decir..., quieres decir que esto va en serio?

—Totalmente. Eres testigo del nacimiento...

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo. Pienso que estáis locos y que os vais a buscar problemas; estoy seguro. A esa gente les gusta liar a otros, pero no que les metan en líos a ellos.

—¿Cuándo pueden estar listas las tarjetas, sin que las lea ninguno de tus empleados?

—Por esto —dijo gravemente— renunciaré a mi comida. Yo mismo prepararé la plancha. Es lo menos que puedo hacer —volvió a reír y el borde de las enormes aletas de su nariz se agitó de contento—. ¿Cuántas queréis?

—Mil para empezar. Y sobres.

—Volved a las dos —dijo.

Le di las gracias y al salir oímos su estrepitosa risa cuando iba por el pasillo hacia la trastienda.

Volvimos a las dos en punto. George Karnoffsky estaba en su despacho, y lo primero que vi cuando entramos fue

un gran montón de tarjetas impresas sobre la mesa. Eran grandes, como el doble que las invitaciones de boda o de fiesta.

—¡Aquí están! —dijo—. Ya las tenéis.

Aquel imbécil seguía riéndose.

Nos dio una a cada uno, y yo examiné la mía cuidadosamente. Era muy bonita. Se notaba que se había tomado muchas molestias. Era gruesa y dura, con un estrecho reborde dorado, y las letras del encabezamiento resultaban sumamente elegantes. No puedo reproducirla aquí en todo su esplendor, pero al menos les mostraré lo que decía:

LA VENGANZA ES MÍA, S. A.

Estimado...

Seguramente habrá visto el calumnioso ataque, sin que mediara provocación alguna, que el periodista..., ha desatado contra su persona en el periódico de hoy. Sus insinuaciones son escandalosas, una deformación deliberada de la verdad.

¿Está usted dispuesto a consentir que un miserable provocador le insulte de esa forma sin hacer nada?

Todo el mundo sabe que los norteamericanos no permiten que se les insulte en público o en privado sin que ello provoque su justa indignación y sin que procuren —mejor dicho, exijan— una compensación adecuada.

Por otra parte, es natural que un ciudadano de su posición y reputación no desee verse envuelto personalmente en este sórdido asunto, ni tener el menor contacto directo con persona de tal calaña.

¿Cómo, entonces, puede reparar la afrenta? La respuesta es sencilla. LA VENGANZA ES MÍA, SO-

CIEDAD ANÓNIMA, lo hace por usted. Nos comprometemos a infligir en su nombre, con absoluta discreción, un castigo individual al periodista..., y a este fin sometemos respetuosamente a su consideración diversos métodos (y precios).

1. Un fuerte puñetazo en la nariz.—\$500
2. Poner un ojo morado.—\$600
3. Puñetazo en la nariz y ojo morado.—\$1000
4. Colocar una serpiente de cascabel (tras haberle extraído el veneno) en el suelo del coche, junto a los pedales.—\$1500
5. Secuestrarlo con un coche, quitarle la ropa, excepto los calzoncillos, los zapatos y los calcetines, y soltarlo en la Quinta Avenida, en una hora punta.—\$2500

Estos trabajos serán realizados por profesionales.

Si desea beneficiarse de alguna de estas ofertas, tenga la amabilidad de contestar a LA VENGANZA ES MÍA, S. A. (la dirección se indica en la tarjeta adjunta). Si es posible, se le notificará con antelación el lugar y la hora en que tendrá lugar la acción, de modo que, si lo desea, pueda presenciar nuestra actuación desde una prudente distancia que le garantice el anonimato.

No tendrá que pagar nada hasta que sus órdenes se ejecuten a su entera satisfacción, momento en que se le enviará la cuenta por los procedimientos habituales.

George Karnoffsky había hecho un magnífico trabajo. —¿Te gusta, Claude? —preguntó.

—Es maravilloso.

—Lo he hecho lo mejor que he podido. Es como cuando, en la guerra, veía a los soldados que se iban, a lo mejor

a que los matasen, y siempre quería regalarles cosas y hacer algo por ellos.

Como empezaba a reírse otra vez, le pregunté:

—¿Tienes sobres grandes para las tarjetas?

—Aquí está todo. Y podéis pagarme cuando empiece a llegaros el dinero.

Por lo visto, aquello le hizo muchísima gracia, y se derrumbó en una silla, riéndose como un idiota. George y yo salimos rápidamente a la calle, a la fría tarde y a la nieve.

Casi fuimos corriendo hasta nuestra habitación, y al subir cogí, del teléfono público del vestíbulo, una guía de Manhattan. Encontramos «Womberg, William S.», sin ninguna dificultad, y mientras yo leía la dirección en alto —estaba por la calle Noventa Este—, George la escribió en un sobre.

«Gimple, Ella, H.», también venía en la guía, y le enviamos una tarjeta.

—Hoy se las mandaremos a Womberg y a Gimple —dije—. En realidad, todavía no hemos empezado. Mañana enviaremos una docena.

—A ver si llegamos a la última recogida del correo —dijo George.

—Las llevaremos nosotros mismos —repliqué—. Ahora, en seguida. Mañana podría ser demasiado tarde. Mañana no estarán ni la mitad de enfadados que hoy. La gente es capaz de calmarse por la noche. Mira —añadí—, tú vas a llevar estas dos tarjetas ahora mismo, y mientras tanto yo daré una vuelta por el centro a ver si averiguo algo sobre las costumbres de Lionel Pantaloon. Nos veremos aquí por la noche...

Volví a eso de las nueve, y encontré a George tumbado en la cama, fumando y bebiendo café.

—He llevado las dos —dijo—. Las metí en el buzón, llamé al timbre y salí corriendo. Womberg tiene una casa enorme, blanca. ¿Qué tal te han ido las cosas a tí?

—He estado viendo a un amigo mío que trabaja en la sección de deportes del *Daily Mirror*. Me lo ha contado todo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que los movimientos de Pantaloon siempre son los mismos, más o menos. Funciona por la noche, pero aunque vaya a algún sitio antes, *siempre* —y esto es importante— acaba en el Penguin Club. Llega a eso de medianoche y se marcha a las dos o dos y media. Entonces es cuando sus chivatos le van con el cuento.

—Eso es todo lo que necesitamos saber —dijo George alegremente.

—Es muy fácil.

—Pan comido.

Había una botella entera de whisky en el armario y George la sacó. Durante las dos horas siguientes estuvimos sentados en la cama, bebiendo y haciendo planes fantásticos y complicados para el desarrollo de nuestra organización. Al dar las once ya teníamos cincuenta empleados, doce famosos boxeadores entre ellos, y nuestras oficinas estaban en el centro Rockefeller. A medianoche, controlábamos a todos los periodistas y les dictábamos por teléfono sus columnas desde nuestro cuartel general, poniendo cuidado en insultar y agraviar todo los días al menos a veinte personas ricas de una u otra parte del país. Éramos inmensamente ricos, y George tenía un Bentley inglés. Yo, cinco Cadillacs. George ensayaba conversaciones telefónicas con Lionel Pantaloon. «¿Es usted Pantaloon?». «Sí, señor». «Escuche. Su columna de hoy es una porquería». «Lo siento, señor. Mañana intentaré hacerlo mejor». «Claro que lo intentará. La verdad es que he pensado en sustituirle por otra persona». «Deme otra oportunidad, por favor, señor». «De acuerdo, Pantaloon; pero es la última. A propósito, los chicos van a ponerle una serpiente de cascabel en el coche esta noche, en nombre del señor Hiram C. King, el fabricante de jabón. El señor King lo estará viendo desde la acera de en-

frente; o sea, que no se olvide de aparentar que se muere de miedo cuando la vea». «Sí, señor. Claro, señor. No lo olvidaré».

Cuando al fin nos acostamos y apagamos la luz, seguí oyendo a George que le echaba una bronca telefónica a Pantaloon.

A la mañana siguiente nos despertamos al dar las nueve en el reloj de la iglesia de la esquina. George se levantó y fue hasta la puerta a recoger los periódicos. Volvió con una carta en la mano.

—Ábrela —dije.

La abrió y desdobló cuidadosamente una hoja de papel fino.

—¡Léela! —grité.

Se puso a leerla en alto, la voz grave y seria al principio; pero cuando comprendió el contenido, fue alzándola hasta casi soltar un grito histérico de triunfo. Decía:

Sus métodos parecen un tanto heterodoxos, pero cualquier cosa que le hagan a ese canalla cuenta con mi aprobación. De modo que adelante. Empiecen por el punto número uno, y si lo logran, con mucho gusto les indicaré que continúen hasta el último. Envíenme la factura.

William S. Womberg

Recuerdo que, con el entusiasmo, hicimos una especie de baile por la habitación, en pijama, bendiciendo al señor Womberg en voz alta y cantando que éramos ricos. George dio varias volteretas en la cama, y es posible que yo también las diera.

—¿Cuándo lo hacemos? —preguntó—. ¿Esta noche?

Reflexioné antes de responder. No quería que me metieran prisas. Las páginas de la historia están repletas de